

# GENIO y FIGURA del SIGLO

POR M. FRAGA IRIBARNE

**P**LANTADOS a mitad del siglo XX, en las cercanías del segundo milenio de nuestra Era, con razón los hombres de nuestro tiempo se preguntan cuál es el cariz, la verdadera faz de esta centuria. En el gran dilema humano de *irse* y de *quedar*, en la agnía personal y social de *no pasar* del todo, de dejar detrás de sí historia, y no sólo ruinas, a pocos humanos habrá atormentado más que a nosotros, contemporáneos de

Picasso y de Mao-Tse-Tung. Con razón son muchos los que se preguntan a qué se va a parecer nuestra obra, nuestra vida hecha muerte; como lo hace de modo brillante Alfred Fabre-Luce en su gran libro «El siglo se configura», que EPESA acaba de ofrecer al público de habla castellana.

El siglo XVIII ha *quedado* como el «siglo de las luces»; el XIX, como la centuria del «progreso». Mas parece que el siglo XX rompe la línea, y que el segundo milenio no lo será en el sentido del milenarismo romántico a lo Mickiewicz, ni en el más chato y aburguesado de los progresistas liberales. Ni la Jerusalén celestial hecha terrena, ni Humanidad redimida por la técnica y la democracia. Frente a las promesas del fin de siglo, pocas veces han contemplado las generaciones pasadas más horrores, derrumbamientos, incendios, guerras, revoluciones, enfermedades, desgracias individuales y colectivas; hasta la faz demoníaca de la Naturaleza, que parecía domada por la Ciencia moderna, la ha desbordado como a un aprendiz de brujo, y entreverado con la estreptomocina y los «frigidaires», nos ha espetado la bomba de hidrógeno, y lo de menos es ya que llegue a estallar: *está ahí*.

## VATICINIOS

Las profecías han cambiado de signo. Todo son trenos apocalípticos. Marx nos habla de la gran catástrofe de la lucha de clases; Hitler, de la apocalíptica guerra de razas; Pareto, de la decadencia de las «élites» que ha creado nuestra civilización; Spengler, del hundimiento de Occidente; Toynbee, de las siete pulsaciones de los ciclos culturales, cada vez más débiles, hasta la muerte irremediable. Y la experiencia reciente parece con-

firmar estos sombríos vaticinios. Al día siguiente de la Guerra mundial número 1, Paul Valéry escribía: «Nosotras, las civilizaciones, sabemos ya que somos mortales.» ¿Qué hubiera dicho hoy en este mundo lleno de ex-cosas?

A su vez, no es menos cierto que, como ya decía Alexis Carrel (y el propio Toynbee lo subraya), ahora, por primera vez, una civilización conoce las causas de su propia decadencia, y no faltan grupos que intentan en serio enfrentarse con ella. Precisamente por ello estas consideraciones no tienen un matiz decididamente pesimista, sino que son, o quieren ser, un revulsivo realista.

## CRISIS

Un siglo son, más o menos, tres generaciones. No importa mucho desde cuando se empiezan a contar. Podemos arrancar de 1898 (Guerra hispano-norteamericana), o de 1904 (Conflicto ruso-japonés), o de 1914 (empieza la Guerra mundial número 1), o de 1916 (los carros de combate aparecen crujendo en los fangales del Somme, revolucionando la técnica moderna). Lo mismo da. Lo que parece claro es que las generaciones de nuestra centuria van a vivir en crisis permanente. Ortega y Gasset ha trazado un buen esquema psicológico de las crisis. Los hombres o los grupos han abandonado sus convicciones y no han prefabricado las que debían sustituirlas. Pero hay más, sin duda, que este elemento subjetivo. El mundo que se nos hunde a cada paso, los palos que se nos caen del sombrero, no son sólo de orden lógico o moral; son las mismas *estructuras* (frente a nuestros *sistemas*) lo que se hunde. El asombro de los capitalistas que vieron hundirse la estructura económica mundial entre 1929 y 1934 no ha sido suficientemente profundo. Recuérdese que por aquellos años, entre otros fenómenos, se inicia el New Deal (Norteamérica abandona el «laissez faire»); se instaura el nazismo en Alemania (se decide la convulsión social de Europa); se rompe el equilibrio en la III República francesa; se conmueve la América española (crisis argentina, guerra del Chaco, primeros brotes indigenistas); Japón lanza su primer gran impacto en Manchuria (crisis definitiva de la Sociedad de las Naciones); cae Primo de Rivera y adviene la II República española... Poco después, la guerra de Abisinia y nuestra guerra de Liberación. A los pocos meses, la Guerra mundial núm. 2. Hoy, la guerra fría y sórdida, la líquida-

ción de los Imperios coloniales, la India independiente y dividida, la ONU hecha ópera cómica, y la gran China en manos del comunismo.

No es una serie de crisis: es una crisis total. Ni los mapas, ni las estadísticas, ni los planes; nada dura un año. Ya nos hemos acostumbrado a ello, y los maestros de escuela, los padres de familia y los arquitectos esperan a que el siglo *tome figura*. Quien mira a la sociedad, lo ve difícil. Porque las masas se han vuelto ciegas e indóciles, y no se ven minorías capaces de dirigirlas. Quien contempla la política, comprueba que el constitucionalismo y el parlamentarismo han agotado todas sus posibilidades, sin que por ahora se les advierta sustituto. Y si nos asomamos al panorama internacional, y como Emery Reeves queremos hacer la *anatomía de la paz*, la cabeza nos da vueltas y preferimos retirarnos. Crisis, repetimos. Y sobre todo, crisis de valores, falta de todo plano de sustentación. Desde el siglo XVIII, Europa sigue la medicina del doctor Sangredo: se sangra todo lo que la molesta; es anticlerical, antitradicional, anarquista. Ahora no tenemos pulso. Se puede ser anticlerical dentro de una sociedad religiosa; antitradicional en una sociedad con tradición; anarquista cuando existe autoridad. Ahora nos falta todo, y reconstruir es difícil.

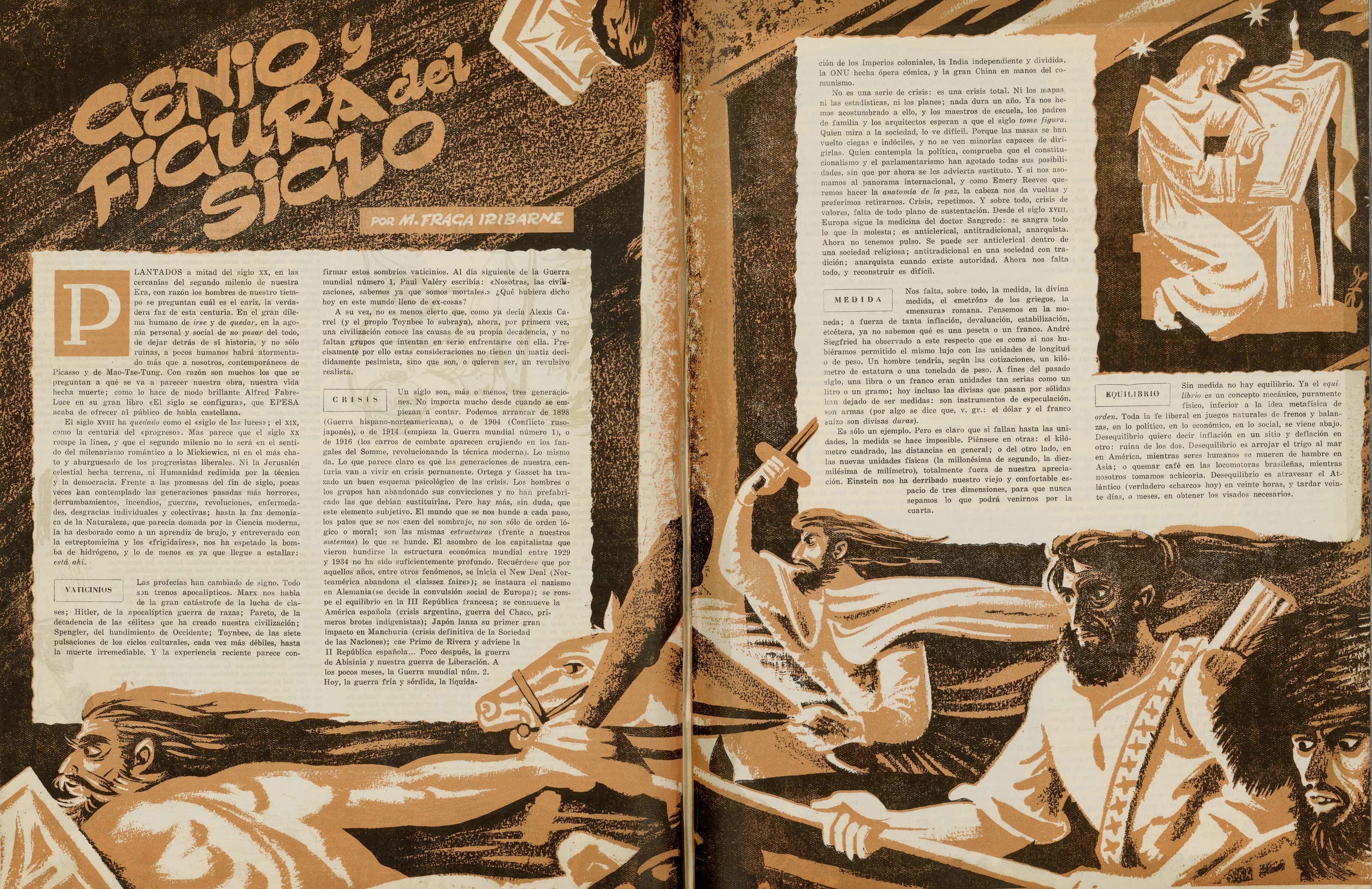
## MEDIDA

Nos falta, sobre todo, la medida, la divina medida, el «metrón» de los griegos, la «mensura» romana. Pensemos en la moneda; a fuerza de tanta inflación, devaluación, estabilización, etcétera, ya no sabemos qué es una peseta o un franco. André Siegfried ha observado a este respecto que es como si nos hubiéramos permitido el mismo lujo con las unidades de longitud o de peso. Un hombre tendría, según las cotizaciones, un kilómetro de estatura o una tonelada de peso. A fines del pasado siglo, una libra o un franco eran unidades tan serias como un litro o un gramo; hoy incluso las divisas que pasan por sólidas han dejado de ser medidas: son instrumentos de especulación, son armas (por algo se dice que, v. gr.: el dólar y el franco suizo son divisas *duras*).

Es sólo un ejemplo. Pero es claro que si fallan hasta las unidades, la medida se hace imposible. Piénsese en otras: el kilómetro cuadrado, las distancias en general; o del otro lado, en las nuevas unidades físicas (la millonésima de segundo, la diezmilésima de milímetro), totalmente fuera de nuestra apreciación. Einstein nos ha derribado nuestro viejo y confortable espacio de tres dimensiones, para que nunca sepamos lo que podrá venirnos por la cuarta.

## EQUILIBRIO

Sin medida no hay equilibrio. Ya el *equilibrio* es un concepto mecánico, puramente físico, inferior a la idea metafísica de *orden*. Toda la fe liberal en juegos naturales de frenos y balanzas, en lo político, en lo económico, en lo social, se viene abajo. Desequilibrio quiere decir inflación en un sitio y deflación en otro: ruina de los dos. Desequilibrio es arrojar el trigo al mar en América, mientras seres humanos se mueren de hambre en Asia; o quemar café en las locomotoras brasileñas, mientras nosotros tomamos achicoria. Desequilibrio es atravesar el Atlántico (verdadero «charco» hoy) en veinte horas, y tardar veinte días, o meses, en obtener los visados necesarios.



## UN MUNDO

En América se ha hecho muy popular el título del libro de Wendel Wilkie, «One World». Y es cierto. Por primera vez en la Historia del planeta, éste forma una unidad estructural y, sobre todo, de *ritmo*, como subrayó Wagemann. España inició este gran proceso unificador. «Le soulier de Satin», de Claudel, es el gran testimonio poético de esta primacía. La II Guerra mundial ha hecho definitivamente mecánica y automática esta unidad, sembrada de bases navales y aeródromos. Ahora bien; precisamente por esta grandiosa unificación ecuménica es más peligroso el desequilibrio. Un mundo cuya unidad estructural le impone la racionalización funcional, está partido en dos por la gala del telón de acero, y en las conciencias por una serie de telones ideológicos aun más radicales y tenebrosos. Es un lujo difícil de sostener.

A su vez, si en función de la unidad estructural del orbe hemos querido ir racionalizando, unificando, coordinando nuestros sistemas, es lo cierto que, posiblemente, acertados en los principios, aun no hemos dado con las fórmulas adecuadas. Así, la *seguridad colectiva* ha servido, no para suprimir los conflictos, sino para impedir su localización y hacer posible que con el pretexto de Dantzig se pelee de polo a polo. Las *nacionalizaciones*, otro de los grandes mitos de nuestro tiempo, parece que, como los barcos en conserva, navegan siempre al ritmo del más lento. Y hemos descubierto en toda política intervencionista (muchas veces, a pesar de ello, inevitable) una curiosa ley de *improductividad marginal* enormemente alarmante.

## MASAS

Y, sin embargo, el proceso no puede detenerse. La moderna sociedad de *masas* impone un mínimo de *planificación*. En un cruce donde atraviesan dos vehículos cada hora, es innecesario el control; si pasan dos cada segundo, hacen falta señales de tráfico. Buenos Aires no podía tener el mismo alcantarillado en su época virreinal, que hoy, convertido en una metrópoli mundial. La población y la industrialización han crecido de tal modo en siglo y medio, que no hay opción. Pero, a su vez, la sociedad de masas no sólo es complicada, sino *deshumanizada*, desalmada; por eso, al ser mecanizada, se hace todavía más peligrosa, y la planificación se convierte fácilmente en totalitarismo más o menos consecuente. Y conste que en este sentido la trayectoria es la misma en Magnetogorsk o en la T. V. A. Y se plantea el gran dilema suscitado por Karl Mannheim: «¿Quién planifica a quién?»; que no es sino el viejo «¿Quién guardará a los propios guardianes?»

## AUTORIDAD

No es posible planificar sin la concentración y el empleo de grandes contingentes de *poder*. Por desgracia, cuando más falta hace el poder, más se nos enfuma la *autoridad*. El elemento esencial de ésta, la *legitimidad* (en cuanto vivencia de los gobernados, sin entrar en sus raíces últimas), ha periclitado en la crisis del siglo. Catorce testas coronadas han sido liquidadas en Europa desde 1917; y la verdad es que la legitimidad monárquica aun no ha hallado sustituto. Otras dos grandes vigencias, una de siempre (las aristocracias), y otra específicamente moderna (el liberalismo), se han hundido en los últimos decenios. Y reyes, notables y libertades son reemplazados por los macabros mitos del siglo XX: marxismo, racismo, etc.

## PAZ Y GUERRA

Maquiavelo escribía a su gran contemporáneo Guicciardini, el 3 de enero de 1525, lo siguiente: «...siempre en mis recuerdos hubo guerra o se habló de ella; ahora se trata de hacerla; dentro de poco se hará, y cuando termine, se volverá a discutir sobre ella.»

Seguramente es así, y la guerra es inseparable del ser humano. Pero la vieja utopía de la paz perpetua ha venido a tomar cuerpo en nuestros días del modo más notable, provocando las guerras más espantosas en aras de la paz. De Raimundo Lulio y el abate Saint-Pierre hay un gran trecho a la Sociedad de las Naciones, la ONU, y Emery Reeves (o Garry Davis). Pero si la utopía es la misma, el tiempo la ha hecho más peligrosa. Como las de piedra, bronce, hierro y pólvora, se ha abierto la era atómica. Los recientes progresos en el arte de la guerra hacen más peligrosos que nunca los pacifismos, que maniatan al justo entre los malvados.

De hecho, a fuerza de hablar de paz, ya ni sabemos terminar la guerra. Antes se sabía que los tratados no eran eternos, pero que, hechos con prudencia, daban unos años de sosiego. Hoy las masas han arrinconado los procedimientos diplomáticos, y con sus nuevos métodos, la guerra sigue en Alemania y sus fábricas siguen siendo voladas. Se habla como nunca de paz, y nadie la tiene: «Pax, pax et non erat pax». Tal vez hemos llegado a aquella terrible situación del mundo romano, de que nos habla Tácito, en la que los antiguos, decadentes, ya no podían soportar ni la guerra ni la paz.

## HOMBRES DEL SIGLO

Si un siglo se caracteriza por el tipo de hombres que produce, el nuestro también aquí nos desconcierta. Barajemos algunas celebridades, cada una por su estilo: Hitler, Picasso, Aga Khan, Joe Louis, Einstein... Nuestra época provoca la aparición de hombres *raros*, posesos, violentos, pasionales, primitivos. Los médicos afirman que las enfermedades de nuestro tiempo, que han derrotado a otras, son las mentales y el cáncer. Marañón ha subrayado otra consecuencia importante del progreso reciente de la Medicina: el desequilibrio de edades en la sociedad contemporánea, donde los viejos (en plena forma) bloquean los ascensos de los jóvenes (que a veces saltan).

El hombre de hoy, por otra parte, ha rebasado el racionalismo, para caer en el gnosticismo. Detrás de Platón, vienen siempre Filón y Plotino. Cunde la superstición, la nueva magia; el astrólogo convive con el ingeniero; al lado del imperio de la ciencia natural, de la técnica, la barbarie de la especialización; y en las sombras, grupos esotéricos, gnósticos, que se mueven en pantanos de *ismos*: simbolismo, surrealismo, vanguardismo, espiritismo. Psicoanálisis. Un día se negó la posibilidad del prejuicio frente a la Ciencia; hoy estamos ante la superstición científica y organizada.

## USOS

Durante siglos nuestra civilización se esforzó por elaborar usos y costumbres civilizadas. Colaboraron el cortesano de Italia, el discreto hidalgo de Castilla, el gentilhombre francés, el «gentleman» de Oxford. Surgió la *etiqueta*, que permitía diferenciar rápidamente muchas cosas y descubrir determinadas alteraciones. Hoy los estamos abandonando. En efecto; todos han muerto ya. En el siglo pasado los negros de las Antillas usaban frac y chistera. Hoy hemos vuelto todos al «bikini» y a la «sans-*façon*» primitivos. La prisa ha transformado nuestras comidas (sede de las más elevadas esencias de la etiqueta); el protocolo se ha aislado en las embajadas, perseguido por la cafetería, el automático y esa maravilla del asiento-cinta continua. Barbusse y Remarque observaron los pocos convencionalismos que quedaban dentro de una trinchera o en la torreta de un submarino. Dos guerras mundiales los han barrido totalmente. Literatura como «La Codorniz» abunda en la crítica fácil de lo convencional. Y, sin embargo, sin un mínimo de cortesía, de *galateo*, no es posible la convivencia social.

## MAQUIAVELISMO

No sé si se puede decir que los hombres de nuestro siglo son malos, es decir, peores que los de otras épocas. Tal vez no. Pero, desde luego, son extraordinariamente maquiavélicos. En un sentido profundo, maquiavelismo no es amoralidad: es reconocer la moral, hablar mucho de ella, consagrarla en fórmulas y declaraciones rimbombantes, y luego en la práctica escarnecerla por el propio interés. Y esto es lo típico de nuestro tiempo, observa Fabre-Luce. Se hace la Carta del Atlántico y luego se niegan uno por uno sus principios; se va a la guerra por Polonia, y se la deja despedazada; se establece un gran tribunal en Nuremberg, en aras de la justicia internacional, y se sienta en él Rusia; se niegan créditos a España y se le dan a Tito; se defiende a los judíos en Europa y se maltrata a los negros en América. *Sic vos non vobis...*

## EXISTENCIALISMO

Muchas caras tiene este siglo, pero la más visible es la tristeza. El hastío, el cansancio. *Senuerat iam mundus...* Se diría que hemos envejecido. El existencialismo es mucho menos una filosofía que un modo de vida. Un «laissez aller»: que nos dejen en paz. No queremos que la razón nos pese, que el albedrío nos preocupe, que la ley nos abrume. Que la vida nos lleve; al fin lo ha de hacer de todos modos. Existencialismo no es para mí la alegre bacanal de Saint Germain des Prés, ni las elucubraciones de un Heidegger. Es la pesadumbre de una generación que sabe que hay guerras sin gloria ni esperanza, frentes sin retaguardia, movimientos sin doctrina, ciudades condenadas, hombres sin patria y patrias sin hombres. Se comprende el «triste lloro».

## FINAL

«El siglo se configura... en forma de caos» (Fabre-Luce). Oímos muchos arbitrios, con nombres impresionantes: Benelux, Fritalux, Unión Europea. Hemos visto probar la bomba atómica en el mar y ensayar el neomalthusianismo en gran escala en el Japón. Nuevas Internacionales se levantan al lado de nuevos y enconados nacionalismos. Gira entretanto una gran ruleta, en la que se juega «la suma de las cosas», «el arbitrio del mundo», como diría Saavedra Fajardo. Podrá venir un siglo ruso, un siglo americano... o un siglo pigmeo, si las destrucciones son tan grandes que *toda* la civilización desaparece. Tal vez no ocurra nada; tal vez las reservas espirituales sean mayores de lo que se cree y contengan el torrente de barbarie. Se podrá, a lo mejor, tender «el puente sobre los bárbaros»; podrá ser dable la *tercera posición*. Algo es cierto. Sólo ocurrirá lo que Dios permita por nuestros pecados y hasta donde El quiera. Y en El ningún esfuerzo, ningún bien hacer se perderá.